



Miradas entrecruzadas

Marie Christine Rivière

Instituto-Chileno Francés de Cultura, Santiago de Chile

El diálogo teatral constituye desde unos quince años uno de los ejes centrales de la cooperación cultural francesa con Chile y Latinoamérica.

Ejemplar durante los años 80, por la acogida en Francia de talentosos jóvenes becados que iban a restituir, unos años más tarde, algunos de los hitos de la historia del teatro contemporáneo francés (Andrés Pérez y su filiación reivindicada con el Théâtre du Soleil d'Ariane Mnouchkine o Mauricio Celedón quien regresa para rescatar, en la calle, las grandes figuras emblemáticas de nuestras sociedades), dicha cooperación estará fuertemente marcada por los espectáculos franceses de vanguardia, de Philippe Genty hasta Royal de Luxe y Les Arts Sauts, testimonios de un género nuevo que apareció en Europa en el transcurso de los últimos años.

Saltimbanquis modernos, cuya formación proviene del teatro, el cine, la música, la marioneta o la danza, esos artistas inventan nuevos espacios escénicos y proponen formas teatrales donde prima la complicidad emocional con el público.

Esos espectáculos visuales, donde la escritura inscrita en las imágenes revela lo imaginario, renovando los grandes rituales populares, van a atravesar fácilmente las fronteras y eclipsar el teatro de texto en las giras organizadas en el extranjero por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia.

Será necesaria la presencia en Santiago de importantes directores franceses para recordar que el teatro de texto es la expresión artística que predomi-

na en el paisaje teatral francés: Jean-Marie Patte, entonces director del muy experimental Teatro de la Bastilla en París; Maurice Attias y su notable dirección de **Los Negros** de Jean Genet en el Teatro Antonio Varas; Guy Allouche que regresa para dirigir talleres después del gran éxito popular del Ballatum Théâtre durante el Festival de las Naciones, y más recientemente, los jóvenes actores de Philippe Adrien interpretando a **Godot** como si fuera uno de ellos, han sido algunos de los protagonistas de estas nuevas tendencias de montajes de grandes textos clásicos del siglo XX.

Cuando en 1995 el Instituto Chileno-Francés de Cultura y el Centro Chileno del ITI convocan a directores, actores y autores chilenos para reflexionar acerca del intercambio franco-chileno, las voces son unánimes: el teatro francés, más allá de las formas, es ante todo la experiencia de un gran texto, el encuentro con un autor, el placer infinito de un idioma, de una cierta escritura de la intimidad; se nombra a Beckett, Sartre, Duras, Koltès, Cixous... Se habla de la urgencia de la palabra, en ese Chile democrático y extrañamente consensual.

Esa inquietud de los artistas será recogida, en Chile, por la Muestra de Dramaturgia Nacional, iniciativa de la Secretaría General de Gobierno que dará un nuevo impulso a las escrituras nacionales y, en Francia, por el Ministerio de Relaciones Exteriores que desea dar cuenta de esta nueva *época dramática* en la que, gracias a las numerosas iniciativas en favor de los

autores, asistimos al resurgimiento de una nueva generación de dramaturgos que recupera su lugar en los teatros.

Esta concordancia de tiempos en ambos países entre las necesidades artísticas y las voluntades institucionales iba a permitir realizar un importante programa de intercambio y de diálogo en torno a las escrituras contemporáneas. Destinado a difundir mejor las dramaturgias actuales entre autores, traductores y editores extranjeros, este programa busca igualmente incentivar un intenso diálogo entre directores y dramaturgos, así como nuevas investigaciones teatrales.

Al principio, se necesitaban *barqueros*, enamorados de la lengua. Aquí, Milena Grass, traductora y subdirectora ejecutiva del Teatro de la Universidad Católica, allá, Françoise Thanas, traductora y miembro del Comité Literario Hispánico de la Maison Antoine Vitez, quienes leyeron, tradujeron y divulgaron los textos entre los comités de lectura.

Barquero del lenguaje, Michel Azama también lo fue. Actor, traductor y editor de la Revista Prospero –revista de autores sobre los autores–, este dramaturgo conoce bien el teatro francés contemporáneo desde Vinaver hasta Minyena. Al aceptar la invitación de esta embajada para participar en la II Muestra de Dramaturgia Nacional, supo crear el intercambio, hacer florecer las similitudes. Sus textos han inspirado lecturas dramatizadas y puestas en escena.

Desde entonces, la circulación de las escrituras teatrales se conjuga en dos idiomas: invitaciones de

autores, encargos de textos para festivales, traducción y edición de textos, lecturas y lecturas dramatizadas, talleres de investigaciones teatrales. Los autores y directores dan testimonio de esta nueva tensión entre texto y montaje. Nacen complicidades, surgen afinidades; Marco Antonio de la Parra seduce a Jorge Lavelli en el Théâtre de la Colline, Adel Hakim, con los rasgos de Tito Noguera, emociona al público chileno, Benjamin Galemiri es leído en París, Nîmes y Pont-à-Mousson, Ramón Griffero será recibido en Saint-Denis y Jean-Luc Lagarce, aplaudido en Santiago.

Estamos lejos de los enfrentamientos sobre los modos de producción, se trata más bien de compartir experiencias, escuchar resonancias e interrogarse juntos sobre ese teatro que se escribe cotidianamente, aquí y allá.

Al mismo tiempo, otros proyectos se enlazan y se prosiguen: Oscar Castro prepara una gira del Théâtre Aleph en Chile y el Teatro del Silencio una coproducción con Générík Vapeur, compañía francesa de teatro callejero.

Este número de la Revista Apuntes, especialmente dedicado al diálogo teatral franco-chileno, no podrá dar cuenta de toda la multiplicidad y vitalidad de las actividades que se gestan entre nuestros artistas. Sin embargo constituye, más bien, una imagen fija bastante significativa de esta reciente convivencia del arte que se está escribiendo en las fronteras, y así lo espero, un *pre-texto* para nuevas solidaridades literarias y teatrales.